

X MANUEL EDUARDO CEPEDA I.

X LA TEORIA FILOSOFICA
DE BERGSON



LA TEORIA FILOSOFICA DE BERGSON

GENERALIDADES

En la teoría de Bergson la Filosofía está identificada con la Metafísica. La actividad metafísica o filosófica es un esfuerzo del conocimiento por unificarse con el todo real, pero prescindiendo de las alteraciones que en él han producido la inteligencia y el instinto. Esta unificación contemplativa debe verificarse por lo que él llama la intuición filosófica.

La intuición metafísica consiste en una visión espiritual de las cosas, no paralizadas ni divididas en una multiplicidad que se extiende en el espacio, sino como un fluir continuo de cualidades que se penetran. Lo metafísico, lo filosófico, es este hondo y auténtico torrente de realidad, y la metafísica o filosofía, su explicación por conceptos que tengan tal fluidez o adaptabilidad, que les haga adecuados para revelarnos esta forma de realidad.

Esta es una faena colectiva que no puede conseguirse de golpe; consiste en un cambio de impresiones y conceptos, que corrigiéndose mutuamente, y superponiéndose unos a otros, acaben por dilatar en nosotros la humanidad, consiguiendo que se trascienda a sí misma en la intuición filosófica.

Se ha hablado ya de la crisis del bergsonismo; la expansión de la verdad implica necesariamente sus crisis, pero cuando las ideas son elaboradas extrayéndolas directamente de las profundidades del ser, conservan las huellas del genio, y Bergson sabía hacerlo, porque era de esos hombres, de que nos habla Rubén Darío, que se inclinan al po-

zo de donde esperan ver salir el blanco cuerpo de la verdad.

Para Bergson una de las categorías esenciales de la realidad es el tiempo, pero dándole un sentido especial, como un sucederse incesantemente continuo de cualidades que se compenetran, en la que el pasado actúa en el presente y se prolonga en él; esta es la duración bergsoniana.

Bergson distingue entre el tiempo cantidad y el tiempo cualidad, entre la multiplicidad de yuxtaposición y la de penetración mutua. La idea de número, nos dice, implica la intuición simple de una multiplicidad de partes o de unidades absolutamente semejantes las unas a las otras; se han olvidado las diferencias individuales para no tener en cuenta sino su función común.

La cantidad implica la representación simultánea de los objetos en el espacio. El número implica una visión en el espacio; "cuando se agregan al instante actual los que le preceden, como ocurre cuando se suman unidades, no se opera sobre estos instantes mismos, porque se han desvanecido para siempre, sino sobre la huella duradera que nos parece han dejado en el espacio al atravesarlo. "La cantidad y el espacio no expresan el tiempo real, porque el tiempo real no es yuxtaposición ni simultaneidad de partes despojadas de sus caracteres individuales; el tiempo real, el cual se identifica con el fondo mismo de las cosas, según la concepción de Bergson, es la sucesión, el fluir continuo de cualidades, en el que, las cualidades del pasado van fundiéndose con las del presente y enriqueciéndose con las del porvenir; es que para este pensador, las cualidades que directamente apprehende nuestra conciencia constituyen la realidad que nos circunda y de la que formamos parte, aunque la vemos superficial y parcialmente, deformada por nuestra influencia de penetración en ella". "La duración, vuelta así a su pujanza original, aparecerá como una multiplicidad enteramente cualitativa, una heterogeneidad absoluta de elementos que vienen a fundirse unos en otros".

Si la duración es parte fundamental de la esencia de la realidad, debe ser el punto de partida de toda explicación de la realidad misma. La duración real es distinta del tiempo de las ciencias exactas, su identificación es fuente de errores.

Este filósofo coloca como constitutivo central de la realidad la actividad de la vida; pero no se representa la vida como una actividad vacía de contenido, que actúa con los

componentes físico-químicos para producir los organismos; sino que la vida es actividad de conciencia que se desborda, y en este sentido, tiene un contenido concreto, ricamente cualitativo, constituido por lo que en la conciencia puede darse.

La conciencia es una continuidad sucesiva de cualidades, de la misma naturaleza de lo que se produce en nuestro espíritu, sólo que en nuestro espíritu, nos informamos, nos damos cuenta de lo que en él acaece, y fuera del espíritu, el proceso se produce sin informarse o darse cuenta de sí mismo, es decir, en sentido más escueto, inconscientemente; pero este proceso es inmensamente más amplio y diferenciado con relación a la parte muy limitada y superficial, que la aprehendemos inmediatamente mediante nuestra observación o intuición.

Toda la realidad, todo el universo, está constituido fundamentalmente por un inmenso desbordamiento de esta conciencia. La conciencia como actividad de vida, en incesante y continua creación de cualidades, con rica e imprevisible variedad, que tiene como fundamento absoluto una necesidad creadora que actúa inmanentemente en todo el proceso, constituye el fondo real de los seres, individualmente considerados o como una totalidad universal.

Bergson trata de fijar el verdadero evolucionismo de esta actividad, despejando el pensamiento de falsos evolucionismos como el de Spencer. El evolucionismo no puede ser interpretado en forma mecanista ni finalista; la evolución no es mecánica porque el universo no está constituido por una multiplicidad de partes espacialmente separadas, cuyo complejo de relaciones dé origen a los hechos y sus combinaciones, precisamente, porque de lo que se trata como de la esencia de las cosas, es de una conciencia universal que se despliega en forma continua y creadora, cuyo contenido se halla constituido por el conjunto de las cualidades de los fenómenos concentradas en la unidad de un proceso, de la naturaleza del que se verifica en la conciencia reflexiva; tampoco la evolución es finalista, porque la naturaleza no persigue un fin, ya sea inteligentemente o sin darse cuenta de ello; pero aprovecha de la explicación finalista para aplicarla a la evolución dándola una nueva modalidad; porque la realidad como impulso vivo de conciencia, lo que él llama impulso vital, *elan vital*, es uno y múltiple al mismo tiempo, rebaza por lo tanto estas dos ca-

tegorías, haciendo posible que la unidad de la acción o proceso se dirija a realizar una unidad final de la forma, y en este sentido la realidad presenta como categoría una forma finalista nueva.

El universo es de naturaleza espiritual y la materia es una forma de la conciencia, en la que se ha paralizado su vitalidad y poder creativo, hasta el punto que la aplasta y le hace resistencia a la conciencia fluída creadora. Esta realidad en su profundidad no puede aprehenderse con el método cinematográfico de las ciencias naturales sino con el intuitivo metafísico.

De un centro como una oleada de conciencia, dice Bergson, brotaron los mundos como los cohetes de un ramillete inmenso. Este centro no es una cosa sino una continuidad de salto creador. Es Dios, el que definido así, no tiene nada hecho, sino que se va haciéndose; es vida incesante, acción, libertad; y supone que de esta manera la creación no es un misterio, pues la experimentamos en nosotros mismos en la producción de nuestro espíritu.

Es una supra conciencia la que ha estado en el origen de la materia y de la vida. Se hallaba cargada de todas las virtualidades que se han manifestado en las varias fases ulteriores de su desarrollo: quedando detenida en forma de materia o corriendo sobre ella en forma de conciencia creadora, la que a su vez siendo intuición en su plenitud de forma, se han destacado de su riqueza virtual ramificaciones especiales, como la conciencia embotada y detenida en los vegetales, el instinto que ha tenido un gran desarrollo en el animal, y la inteligencia que ha triunfado en el hombre, quedando la intuición reducida a una baga nebulocidad junto al instinto y la inteligencia. El instinto, la inteligencia y la intuición no están completamente aislados, cada una de estas direcciones conserva junto a sí algo de las otras funciones, y la posibilidad de que se desarrollen y se unifiquen con ella. Como todas las direcciones parciales de la vida han sido cortadas de un mismo fondo vital, todas poseen las mismas posibilidades, que pueden ponerse en acción, y esto explica las semejanzas y diferencias que existen en el desarrollo de los seres vivos, la posibilidad de que se supere la naturaleza humana, y el universo sea la realización de un ser de una forma tan indecisa que no alcanzamos a conocer. El evolucionismo de Bergson tiene una modalidad propia; es una lucha entre el factor de la resistencia de la ma-

teria y la expansión de la vida creadora; entre la materia y la actividad espiritual se reparten los fenómenos de la realidad. La materia es lo que está presente en nuestra percepción y se objetiva ante nosotros. La materia es conciencia que ha degenerado perdiendo su arranque de creación evolutiva, y convirtiéndose en tendencia a la espacialización y estabilidad, pero en su totalidad revela poder evolutivo, demostrando que conserva algo de la naturaleza de su origen, como lo manifiestan las fases por las que ha pasado el universo.

La otra parte de la conciencia que conservó todo su ímpetu vital, chocó contra la materia y la hizo estallar, produciendo los primeros organismos en que se concentró el impulso vital, porque los organismos son el cauce abierto por el espíritu sobre la materia, para desenvolverse y adquirir plenitud de desarrollo.

Este poder creador es limitado, ha sido insuficiente, de ahí la variedad de formas orgánicas y el desarrollo parcialmente sucesivo de sus virtualidades. Ha quedado embotado en el vegetal, detenida por el gran dique de la celulosa. En las bacterias ha fluctuado entre la vida vegetal y la animal. Y en los animales ha tomado las grandes direcciones divergentes de equinodermos, moluscos, artrópodos y vertebrados.

La Conciencia se ha desarrollado como una sucesión de ondas por el cauce de los organismos vivos, abierto en la materia, para expansionarse, vencerla e independizarse de la materia. Parece que sus sucesivas creaciones han sido para producir al hombre y aun para superarlo. Pero en el camino integral de su desarrollo hasta llegar al hombre, ha ido dejando desarrollos parciales de sus virtualidades.

Después de que la vida se estacionó al fortalecerse para la defensa, triunfó sobre sus envolturas calcáreas en los artrópodos y vertebrados. En los animales triunfó el instinto. El instinto es el que organiza a la vida, está orientado hacia ella y se sirve directamente de sus órganos como instrumentos; cuando sus órganos al funcionar apuntan a la realidad, el instinto la corta cualitativamente; el instinto es el que aprehende la realidad como cualidades; el instinto es una concreción utilitaria de la forma primitiva de la intuición, se destaca en el animal pero tiene una franja de inteligencia.

La inteligencia se desarrolla pasando por los vertebrados superiores y triunfa en el hombre. La inteligencia es la actividad que aprehende relaciones, que da la configuración o forma a las cosas. La inteligencia triunfa de diferente modo en el animal y en el hombre, según el papel del sistema nervioso: en el animal tiene el sistema nervioso una variedad limitada de direcciones, pero en el hombre su cerebro puede poner un número indeterminado de combinaciones funcionales, de ahí el desarrollo indefinido de su inteligencia. Los animales en sus actos revelan inteligencia, cuando manifiestan que ven las relaciones o configuraciones de las cosas. Bergson le supera a Kant cuando admite la presencia de las categorías fluctuando vacías en nuestro espíritu y aun en el de los animales; por lo demás concurre con Kant para explicar la formación de los objetos, con una materia que son las cualidades que nos da el instinto, y una forma constituida por las categorías o relaciones que nos da la inteligencia. La inteligencia es utilitaria porque sirve para fabricar instrumentos, y cortar la realidad en partes y trazar direcciones por donde podemos orientar nuestra acción, a fin de incertar mejor nuestro organismo al medio, respondiendo a nuestras necesidades. La inteligencia puede volverse desinteresada y plegarse y fundirse con la intuición.

La intuición es visión directa de la interioridad constitutiva de las cosas, como una sucesión continua de cualidades, en cambiar incesante. El instinto volviéndose desinteresado puede reabsorberse dando margen a la intuición. Y la inteligencia puede también volverse desinteresada, adquirir una flexible adaptabilidad a la intuición, interpretarla y fundirse con ella: esto sería la reintegración de las virtualidades parciales de la conciencia a la plenitud de su fluir, hacia donde se orienta la superación humana por obra colectiva.

El universo existe y va desenvolviéndose por sí mismo en virtud de una necesidad inmanente de creación. Esta necesidad de creación es al mismo tiempo actividad vital y espiritual, de tal manera que todo el universo es manifestación de este impulso de vida y de conciencia creadora, que él llama el elan vital.

Todas las cosas se reducen a meras estructuras espirituales o formas de la conciencia; pero las cosas no se ago-

tan como simples modalidades de las conciencias de los espíritus individuales, sino que existen en sí independiente-mente de nuestra conciencia, pero en este caso, son manifestaciones de una conciencia universal, de la cual son nuestros propios espíritus, ramificaciones que continúan su proceso.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL